

## Reseñas bibliográficas

MOSTERÍN, J., *La cultura de la libertad*. Madrid, Espasa Calpe, 2008, 303 pp.

Rafael Cejudo Córdoba



Jesús Mosterín (Bilbao, 1941) es Catedrático de Lógica y Filosofía de la Ciencia en la Universidad de Barcelona, y desde 1996 Profesor de Investigación en el Instituto de Filosofía del CSIC. Autor muy prolífico (veinticinco libros en lo que va de siglo), también escribe con cierta asiduidad artículos de prensa. Sus intereses son muy amplios, yendo desde la filosofía de la ciencia y la epistemología a la

reflexión sobre el ser humano, y también se extienden desde luego a las cuestiones éticas. Mosterín es, sin duda, una figura principal en la filosofía española actual. A la creatividad y el esfuerzo investigador sostenido suma un estilo intelectual llamativo y provocador que puede alimentar tanto filias como irritaciones (cosa que, no obstante, deberíamos conseguir todos los filósofos). Por cierto, al lector puede que le sorprendan giros lingüísticos característicos suyos como 'humán' por *humano*, o *infante* por *niño* (y *niña*). Mosterín se declara «simio de nacimiento» (es el Presidente de Honor del Proyecto Gran Simio en España), defiende la independencia de Gibraltar y ataca sin complejos las corridas de toros. Y junto a estas batallas, en el fondo baladías, en las páginas de *La cultura de la libertad* también emprende otras más serias. Mosterín denuncia sin tapujos las políticas lingüísticas de las Autonomías vasca y catalana, y el intervencionismo gubernamental en la libertad de horarios, mientras que defiende la injerencia en la soberanía nacional de dictaduras extranjeras.

Es probable que a muchos lectores españoles les sorprenda esta mezcla ideológica, pero en realidad responde a una propuesta muy coherente -quizás demasiado- que es la del liberalismo. Seguramente porque la escena política española carece de un partido liberal *a secas*, no es frecuente que un mismo autor denuncie la irracionalidad de la religión y el salvajismo de la tauromaquia, y que aplauda tanto el mercado globalizado como la absoluta neutralidad del Estado en asuntos religiosos. *La cultura de la libertad* puede así leerse como un manual explicativo de en qué consiste la ortodoxia liberal en cuestiones no sólo económicas. El libro aborda temas como la defensa del mercado y de los derechos humanos, la tauromaquia y otras formas de

maltrato animal, la cultura armamentística y el reclutamiento obligatorio, pero sobre todo el asunto de la lengua y de la identidad nacionales. Más de la mitad del libro, desde la página 123 donde aborda el asunto de los idiomas, es en realidad una crítica trabada y pertinente de la ideología nacionalista, a la que opone el ideal del cosmopolitismo.

Su tesis de fondo, que a la vez es una denuncia, se resume en lo siguiente: «es curioso cómo los políticos españoles, siempre tan preocupados por la autonomía de las comunidades, desprecian tanto la autonomía de los ciudadanos» (p. 100). Lo que existe, dice Mosterín, son personas concretas, no entidades abstractas como 'pueblos', 'lenguas' o 'identidades culturales'. En su planteamiento confluyen tres tradiciones intelectuales que no siempre encajan perfectamente. Por un lado el materialismo de origen positivista y utilitarista que le lleva tanto a declarar que «todas las cosas que existen están en algún sitio, ocupan una posición en el espacio tiempo» (p. 124), como a rechazar frontalmente la violencia contra los animales puesto que, como nosotros, también son materia sufriente. Por otro lado se percibe la tradición de la filosofía analítica que impregna su metodología filosófica y que, por ejemplo, es causante de lo que podemos llamar *nominalismo político*: la mayor parte del discurso político que moviliza las emociones (*nación, lengua, pueblo, identidad...*) según Mosterín no tiene un significado claro. Finalmente, pero sobre todo, pesa en la obra la tradición liberal de pensamiento político.

La conjunción de estas tres líneas rinde sus frutos en el nivel ensayístico y divulgativo que el libro persigue, pero si observamos el asunto con más detalle consideramos que aparecen ciertas incongruencias. Y es que la ligereza de equipaje permite avanzar rápido pero no llegar demasiado lejos. A causa de su materialismo y su nominalismo, Mosterín tiene que reducir la Cultura con mayúsculas (lo que los alemanes llaman *Bildung*) a la dimensión etnográfica de las costumbres y prácticas culturales. Todo (la lengua, el arte, la ciencia, la religión...) tiene que caber en la cabeza de los individuos, y sólo en su cabeza, o no existir. Este reduccionismo rinde sus frutos al desenmascarar como brujería política muchas mistificaciones ideológicas, pero también acarrea superficialidad y falta de equidad. Por ejemplo, reduce la entidad abstracta que es el idioma al idiolecto (p. 123), con lo que la lengua aparece simplemente como un mito político. Sin embargo, es justo ahí donde empiezan las complicaciones: como filósofo analítico Mosterín presupone que reconocer un problema y *mentarlo* es ya conjurarlo, lo cual desgraciadamente no es cierto. Análogamente equipara el nacionalismo con las ideas religiosas diciendo que ambas son «endebles conceptualmente» (p. 138), pero aunque así suceda en el